Arlequines y otros seres deconstruidos

Francisco Bores, Pancho Cossio, Óscar Domínguez, Pablo Gargallo, Baltasar Lobo, Benjamín Palencia, Oskar Schlemmer y Kurt Schwitters

La galería Leandro Navarro tiene el placer de presentar la última exposición de la temporada *Arlequines y otros seres deconstruidos,* visitable hasta el 30 de julio de 2020. La muestra está compuesta por un espectro amplio de técnicas, autores y fechas y su heterogeneidad queda atravesada por un personaje y una acción: el arlequín y la deconstrucción.

Los *clowns* de Benjamín Palencia dan la bienvenida al espectador; sus rostros maquillados con lunas y estrellas remarcan la compleja naturaleza de estos personajes del circo, expresivos representantes de la personalidad humana. En ellos se concentra el humor, la sexualidad, el absurdo de lo binario, el fin de la dualidad. El maquillaje en este caso no sirve de velo sino de luz, ayuda a resaltar cuestiones del espíritu.

La pieza central de la exposición es *Arlequín con flauta* (1931) de Pablo Gargallo, a partir de ella se articula el resto. Ejemplar único, realizado en cobre, el arlequín concentra las múltiples contradicciones que le son propias. Es un ser fluido, no binario,

ingenioso e ingenuo, acrobático en el escenario y torpe en sus modales. Su traje romboidal marca su estatus de mendigo y sirviente ya que en origen no fue más que una tela remendada y parcheada más de mil veces. Arquetipo de la supervivencia, el arlequín queda dignificado en este monumento repleto de vacíos que, entre otras cosas, contribuye a mantener su presencia en el mundo de la representación, y por tanto, a su supervivencia como ser. Aclamada por la historiografía artística, esta escultura encarna uno de los grandes logros artísticos del célebre vanguardista zaragozano.

Los intensos colores de los *Clowns* de Palencia contrastan con la elegante sobriedad del cobre de Gargallo pero riman sin embargo con el óleo *Mujer con violín*, expuesto en la última sala. El Palencia más innovador compuso la figura de la intérprete a partir de miembros que conviven de manera dislocada. La falta de perspectiva comulga con las lecciones del cubismo y las formas sinuosas con el aprendizaje de su Escuela de Vallecas.

En sintonía con este afán de deconstrucción, Francisco Bores también desafió los preceptos clásicos de la representación occidental con su temprana obra *Samedi soir* de 1928. Sus personajes, reunidos en el interior de lo que podría ser una taberna, se superponen mediante un juego de transparencias y mezcladas perspectivas. En torno a una mesa que sujeta un recipiente de agua batida y brillante, los personajes fuman. La indefinición de sus rostros – total en el caso del personaje de la derecha – no anula el carácter desafiante del conjunto de la obra.

La mesa será un motivo que vuelva a aparecer en la pintura al óleo de Óscar Domínguez y en los goauches de Pancho Cossío. En el caso de la primera, el mueble queda fragmentado en múltiples piezas de ángulo recto. Los objetos pierden su contorno y a pesar de su indefinición se pueda deducir que la forma oscura de la derecha es un revólver. Esta herramienta de muerte fue un elemento recurrente en su obra; se dice que la razón de la tercera y última vez que internaron a Domínguez en el psiquiátrico fue, en parte, por disparar su revolver en las calles de París.

Los dos bodegones de Cossío no solo comparten el motivo de la mesa con Domínguez sino también unas fechas muy cercanas. En este caso, frutas, bebidas y cubiertos rellenan el espacio de manera abundante, siempre en pareja. Directamente a continuación se exhibe *Pensive à genoux* de Baltasar Lobo. Con esta bronce de 8 ejemplares, papeles de Oskar Schlemmer y un collage de Kurt Schwitters se completa la exposición.